

LAS UVAS

—Las uvas son doce décimos de lotería barata con los que se aspira nada menos que a ver realizadas todas las ilusiones —me dijo el sabihondo Fernández—. Con las uvas no se pide un puesto en esa especie de tabla de lagarismos que es la lista oficial, sino un puesto en el Seguro de Enfermedad, en las Oficinas del Ayuntamiento o en la lista de aspirantes a un «Fiat 600». Vale la pena entrar en el juego.

DIBUJO

El pelo cae lacio, con grandes calvas.
Los párpados se pegan al ojo.
Solamente se ve una raya agonizante.
Partiendo la frente y de nariz,
las agujas del reloj
marcando la hora, aún incompleta.
Pendiente de ellas un racimo de uvas.

Una boca suave, sin dientes,
intenta coger el primer grano.

MIGUEL CORTÉS

Me convenció. A mis treinta años yo no había querido jamás tomar las uvas. Porque soy un hombre práctico y sensato, y pienso que todas estas bobadas no llevan a ninguna parte. El que quiera hallar un puesto en la Administración, que se busque una recomendación; no es un refrán, pero sí es una verdad como un templo.

Sin embargo, aquel año tenía varios proyectos ambiciosos; aspiraba a todas estas cosas: un teléfono, una vespa, un aprobado del tribunal de ingreso en el bachillerato para mi hijo, un aprobado del secretario general de PIRATOSA para mi balance anual que no era todo lo satisfactorio que él y yo hubiésemos deseado... Aparte de esto estaban los deseos de mi mujer: la piel esa de todos los años, la refrigeradora esa de todos los veranos, la lavadora esa de todas las semanas y las medias esas de todos los días. Mi cargamento de ilusiones superaba con mucho al de otros años. La vida, que cada día nos da más, también nos exige más cada día, y amí me exigía rendirme a esa optimista superstición.

Compré tres paquetes. «Uvas de la suerte», decía el sobre. Tres pesetas cada uno. Evidentemente, eran las uvas de la suerte, al menos para el vendedor.

Me acordé de la criada. También ella tenía derecho a su cargamento de ilusiones. Compré otro paquete.

A mí me gusta hacer las cosas bien. Una vez que estaba dispuesto a claudicar ante las uvas, lo haría con toda corrección. Cuando subía la escalera de mi casa sentí el temor de que en alguno de los paquetes el número de uvas no fuese el mágico de doce. Volví nuevamente sobre mis pasos y compré un quinto paquete.

La cena fué buena, como todos los años, gracias a Dios. Los paquetes de uvas estaban completos; no sobraba ninguno, porque mi mujer llamó a doña Casilda, la viuda del tercero, para que las tomase con nosotros. Luego se durmió el niño, yo me puse a leer el periódico; mi mujer hablaba con doña Casilda de la criada, la criada entraba a cada momento a decirnos que por la calle pasaban grupos de criadas, batallones de criadas, legiones de criadas; los demás no contaban para ella: la chica no encontraba otro procedimiento mejor para decirnos que estaba deseando largarse a tocar la zambomba con los mozos de la pescadería o con unas muchachas de su pueblo que pensaban correr el gran zurriburri vestidas de hombre.

Eran las doce menos cinco. Mi mujer descorchó la botella de champán regaiada por un despistado que creía deberme un favor. Todos pusimos cara de pascuas y preparamos las uvas.

La radio suspendió bruscamente los chinchines de una música saltarina; empezaron a sonar las campanas. Es difícil comer las uvas; la boca se llena de pellejos y granitos en un momento. Hay que tragarse aquella especie de estropajo para dejar paso enseguida a las uvas que faltan; las campanadas se suceden muy deprisa ¡y son doce! Doña casilda dió un ronquido y empezó a pataleer, se ahogaba. Fué un susto terrible el que nos dió la pobre. Y luego, cuando todo pasó, estaba feísima sin la dentadura, que se había quitado entre los estertores de la asfixia.

Las campanadas se habían ido al diablo. A doña Casilda le sobraron ocho uvas, a mi mujer seis, a mí cuatro. Al niño todas, porque se nos olvidó desperdiciarle: eso salió ganando.

La criada volvió muy contenta. Ella había comido las uvas... en cierto modo. En las apreturas se las exprimieron.

—Pero me comí los pellejos y hasta creo que algún cacho de papel del sobre —nos explicó feliz.

Aquel año, como todos, unos asuntos me salieron bien y otros no. Quizá fué porque no me comí todas las uvas.

A la criada parece ser que le fueron mejor las cosas. Se pasa el día cantando a grito pelado.

ANGEL PALOMINO